

ECOS MILITARES

del Glorioso Colegio Civil (1943-1945)

POR LEONARDO CONTRERAS LÓPEZ

Leonardo Contreras López (1927-2007), director fundador de la Preparatoria 11 de Cerralvo; catedrático de la misma hasta 1998. Médico, diputado local, presidente municipal y cronista de Cerralvo, N. L.

Un día cualquiera hábil del bienio 1943-1945. Las siete de la mañana en la ciudad de Monterrey, N. L., frente a la Penitenciaría del Estado, sita en la actual avenida Pino Suárez, entre las calles de Aramberri y Espinosa.

Un clarín de órdenes militares deja escapar las notas musicales castrenses del toque de reunión, cuando un enjambre de jóvenes varones, la mayoría imberbes aún y muchos con las cabezas rapadas, huellas de las recientes novatadas, brotan incontenibles de todos lados para colocarse en un agrupamiento de tres filas paralelas frente al lugar citado y flexionando ligeramente el brazo izquierdo sobre la cintura para guardar la distancia entre ellos, al mando de la voz “¡alinearse por la derecha!”

Ellos son alrededor de trescientos estudiantes de la Escuela de Bachilleres (Colegio Civil) de la Universidad de Nuevo León cuya institución octagenaria conservaba uno de sus distintivos *sui generis* en la implementación de las prácticas militares como una fuente imprescindible para forjar un comportamiento varonil de austera disciplina, como un sostén firme y elegante a la instrucción académica.

Y tras el pase de lista correspondiente de asistencia, ejecutado por un oficial militar que produjo un silencio absoluto, los educandos caminaron con paso a discreción rumbo al interior del inmueble donde, al cabo de unos minutos, salían ataviados con los arreos propios de un soldado, consistentes en un fusil (mosquetón belga de 1918) sin balas, la forniture de cuero y el marrazo llendo a encuadrarse al sitio de partida.

Una vez en formación de columna de secciones con la banda de guerra al frente tocando la marcha paso redoblado, se dirige el contingente a la actual Alameda Mariano Escobedo para ejecutar las prácticas militares. Éstas se realizaban bajo la dirección magistral de los instructores mayor Miguel Hernández Palacios, diplomado de estado mayor, y el teniente de caballería Enrique Ramos Cabañas, adscritos a la VII Zona Militar con sede en Monterrey, bajo las órdenes del general de división Eulogio Ortiz (destacado revolucionario villista de la otrora División del Norte), quien con especial afecto consideraba al personal universitario “como mis muchachos del Colegio Civil”.

A las ocho tres cuartos de la mañana el clarín tocaba de nuevo reunión para dar por concluidos los ejercicios y reintegrar las armas, retirándonos a tomar las clases en la Escuela de Bachilleres, siete cuadras alejadas de ahí, para regresar al día siguiente, de lunes a viernes, salvo ciertos domingos y días patrios. Cuando esto último ocurría, el panorama era diferente pues se daban exhibiciones castrenses en el propio campo militar o en la explanada posterior del Colegio, amén de los vistosos desfiles que destacaban por la ciudad a los cadetes del glorioso Colegio Civil con sus deslumbrantes uniformes color azul marino con vivos rojos y entorchados en oro similares al del Heroico Colegio Militar. No obstante, la paradógica connotación con la nomenclatura de la institución, desde épocas pretéritas poco definidas, se aprecia en la historia del plantel un espíritu de elevado patriotismo y disciplina, tanto en sus mentores como en el alumnado, al grado que en 1864 al ser ocupada Monterrey por los invasores franceses “muchos alumnos encabezados por el catedrático Lic. Narciso Dávila se organizaron para combatirlos”.¹

“Mucho tuvimos que sufrir los estudiantes cuando fue atacado Monterrey en noviembre de

Las prácticas militares forjaban un comportamiento varonil de austera disciplina como sostén firme a la instrucción académica.

1865 por el general Escobedo, se formó una compañía inermes de nosotros y se nos puso como en avanzada en la margen del río donde cae el callejón de San Francisco. No tuvimos esa noche más arma que una carabina de dos tiros, descompuesto uno de ellos y el otro sin parque”.² De aquí emana el título de “glorioso” Colegio Civil.

Acentuándose el régimen formativo del plantel durante la época porfiriana, en cuyo plan de

estudios tuvo el cargo el general Ramón Toffé por casi veinte años.³

Sin embargo, el bienio que nos ocupa, derivado de las funestas circunstancias nacidas por la declaración de guerra por México contra las naciones del Eje Roma-Berlín-Tokio en la segunda conflagración mundial, se incrementó el espíritu militarista en todos los ámbitos nacionales por parte de las autoridades, no siendo excepción el citado Colegio. “El brillante desfile del alumnado por las calles de Monterrey de ayer, horas aquellas en que el uniforme azul, como por virtud de hechizo, hacía cambiar el bullicio en orden y seriedad”.⁴ Quizá queda la mordaz crítica, aunque no del todo exacta, que vierte el ex rector y distinguido maestro médico Dr. Enrique C. Livas: “...donde los mozalbetes preparatorianos paseaban orgullosos la ficticia y fugaz arrogancia que les prestaban por unas horas el uniforme y los galones o espadas que pendían de su cintura ingenuamente orgullosa”.⁵

Pues bien, la premura circunstancial requirió de mayor rendimiento en cuestiones marciales por

la normativa gubernamental del momento. Recordemos: suboficiales Miguel Ángel y Ricardo Esparza, sargento primero David Becerra Vaca, sargento segundo Julio César Lara García y cabo Leonardo Contreras López. Todos serían profesionistas universitarios. El abanderado, por sus altas calificaciones académicas, fue Manuel René Morales Tijerina el “Machetes”, quien descolló en la Escuela Médico Militar titulándose como mayor médico militar y ejerció exitosamente en Río Bravo, Tamaulipas.

El militarizado cuerpo de Bachilleres destacó con preponderancia en todos los natalicios de Washington habiéndose constituido aún, en la guardia de corpus del gobernador nuevoleonés Arturo B. de la Garza, egresado del plantel, durante sus giras foráneas y eventos oficiales. Tan particular, honrosa, patriótica y paradógica tradición desapareció en 1956.

En estado de guerra

Por la situación caótica del país en “estado de guerra” se castigaba a los alumnos por cada falta a las prácticas con un día de arresto en el Campo

“...paseaban orgullosos la fugaz arrogancia que les prestaban por unas horas el uniforme y los galones o espadas que pendían de su cintura ingenuamente orgullosa.”

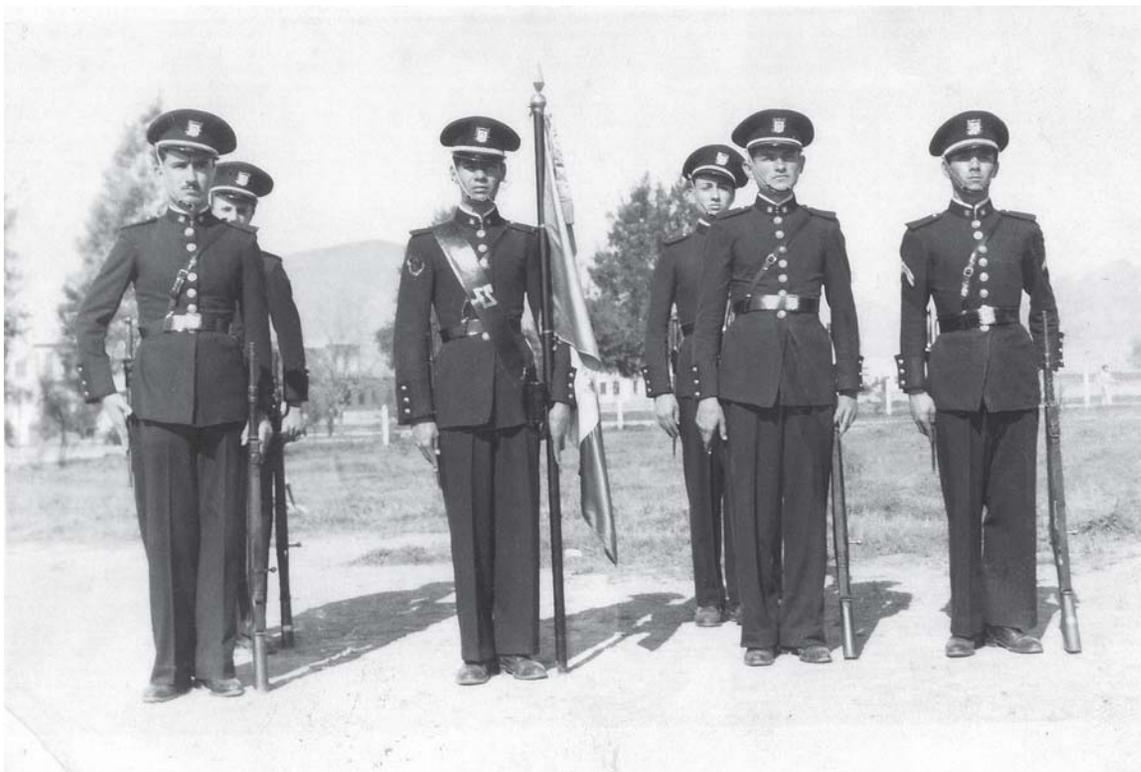
lo que para la organización idónea de los mandos en las tres compañías de la escuela se estableció en el Campo Militar de la ciudad la Escuela Militar de Capacitación para los alumnos quienes fueron encuadrados voluntariamente casi sesenta colegiales en el edificio Escuela “Damián Carmona”, habilitado como cuartel para los universitarios quedándose como internos durante un mes con salidas sábados y domingos, desarrollando una vida de cuartel desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche bajo la supervisión de los mencionados oficiales y el beneplácito paternal del general Eulogio Ortiz y el general Arnulfo Palomera López.

Tras cumplido el lapso señalado, en brillante ceremonia presidida por el director de Bachilleres, Lic. Bernardo L. Flores y el jefe de la Zona Militar, general Eulogio Ortiz, fueron entregados los ascensos correspondientes a los estudiantes oficiales y clases al mando del grupo universitario que era el 27 Batallón de Nuevo León conforme a

Militar, principalmente en los sótanos del cuartel general de la VII Zona Militar y, para el efecto, sorpresivamente acudía al plantel un camión urbano de pasajeros, generalmente de la ruta Alameda-Nacional-Cervecería, con un soldado custodiando la puerta, tras la formación en la explanada trasera del edificio escolar trasladaban a los faltistas con la siguiente desazón de compañeros y familiares. ¡Pero ni modo!

Aunque los faltistas arrestados recibían alimento y alojamiento, durante las horas hábiles practicaban instrucción militar contándose que algunas veces eran víctimas de bromas pesadas por sus custodios quienes al verlos muy cansados les ofrecían jugo de naranja para la sed, obligándolos a regar los naranjos para que pronto dieran fruto y se sirviesen de ellos.

Dentro de los alumnos inscritos voluntariamente para el concurso de clases y oficiales del plantel se encontraba un “defeño” o capitalino supuesto fósil de la UNAM de apellido



La escolta del Colegio Civil que recibió a su llegada al Campo Militar, al presidente de Estados Unidos Roosevelt

Volpe, de mayor edad y estatura que todos, quien al serle ordenado lanzarse a la alberca desde el trampolín de diez metros, aprisa descendió aterradoramente por la escalera por lo que fue expulsado deshonrosamente obligándolo a salir del Cuerpo por la valla de alumnos quienes daban media vuelta quedando de espaldas repudiando la falta de obediencia al valor militar y la banda tocando con cajas destempladas.

En solemne ceremonia efectuada en el Aula Magna se coronó a la reina de los bachilleres SMG Margarita I por el representante del rector y director de la Escuela de Bachilleres, Bernardo L. Flores, pasando por una valla de alumnos con uniforme de gala formando una “bóveda de acero” con las bayonetas entrecruzadas en el aire por los cadetes amenizando el acto la banda de guerra.

Cierto día, al practicar sobre la “pista de comandos” en el Campo Militar, nos visitaba el general Ortiz para apreciar el aprovechamiento de “mis muchachos del Colegio Civil” con quienes sentía verdadera satisfacción cuando en eso tócole el turno al compañero Francisco Veloz, quien decepcionó grandemente al militar que ha-

Una de las mayores satisfacciones
constituyó su servicio de valla
militar con uniforme de cuartel
durante la cumbre Ávila Camacho-
Roosevelt

bía consultado su cronómetro ante la perspectiva de algún record; sin embargo, comentó turbado “este joven sólo tiene de rápido... el apellido”.

En una exhibición pública de ejercicios del orden cerrado con el sistema de “tiempos perdidos”, o sea actuar sin órdenes verbales sino contando mentalmente de quince a veinte segundos para cada movimiento que culminaría con una salva de fusilería, el alumno Aliber Guajardo perdió la cuenta y segundos antes del fuego



disparó sólo: ¡pum!, escuchándose enseguida el contraste colectivo: ¡¡¡pppuuum!!! Lo que causó un verdadero ridículo en la disciplina militar y frente a jefes, oficiales y público en la sede de la Zona Militar que le valió al compañero una soberana “pamba” del contingente y la expulsión.

Durante unas prácticas cotidianas en la Alameda, el pelotón al mando del sargento alumno Bulmaro Arvizu cuyos elementos se “alocaron” porque “ya estaban fastidiados” desobedecieron al instructor, un sargento primero del Ejército de avanzada edad y echaron a correr desafortunadamente con todo y armas, por lo que el instructor cortándoles camino les salió al frente propinándole severa bofetada al compañero Arvizu por conculcarse con el grupo pero, siendo observado el general Ortiz, reprendió severamente al sargento militar enviándolo bajo rígido arresto por un mes.

Cierta ocasión el centinela compañero del cuartel, ubicado en la Escuela Damián Carmona del Campo Militar, avistó un contingente encabezado por el general Arnulfo Palomera López marchando hacia él por lo que anunció: “¡Cabo de guardia, tropa armada al frente con el general Palomera!”, a lo que el alumno corneta de órdenes salió para tocar “general” pero equivocó el toque ejecutando “rancho” (llamada a comer), por lo que se le castigó sin salir dos fines de semana arrestado.

Quizá una de las mayores satisfacciones que tuvimos en el Colegio Civil fue el haber estado prestando servicio de valla militar con uniforme de cuartel y armados con balloneta calada por ambos lados de la calle Zaragoza, entre Tapia y Washington, durante la entrevista internacional de los presidentes Manuel Ávila Camacho, de México, y Franklin Delano Roosevelt, de Estados Unidos, en el Palacio de Gobierno el 20 de abril de 1943.

Mientras pasaba la comitiva por la calle Zaragoza cruz con Ruperto Martínez, del balcón del Paso Autel arrojaron un grande ramo de flores hacia el auto descubierto del presidente Roosevelt por lo que sus guardias que marchaban corriendo a los lados del vehículo dieron un gran salto cogiendo en el aire el ramillete deshaciéndolo violentamente buscando algún artefacto explosivo.

Desde septiembre de 1943 gobernó Nuevo León Arturo B. de la Garza, egresado del plantel, quien

brindó paternal consideración a su *alma mater* convirtiéndonos prácticamente en su “guardia de corpus” en todos los eventos oficiales, incluyendo giras fuera del estado.

Esa época funcionó en el Campo Militar la Escuela Militar de Aviación y cuando pasaban individualmente se obligaba a los “pelones”, como les llamaban a los novatos tras ser trasquilados, a silbarles el “toque media vuelta”, muy ofensivo al militar que traducimos como “devuélvete para pelear”, y cuando lo hacían la llevaban nuestros compañeros, aunque a veces convertíanse en sarracinas que dirimía la fuerza policial. Cabe señalar que lo anterior sólo se ejecutaba con los varones, jamás con las mujeres alumnas. Y las autoridades escolares y policíacas, salvo en sarracinas, nunca intervinieron.

Terminamos con las palabras del querido maestro Dr. Mateo A. Sáenz: “los desfiles eran vistosos. Nos gustaba portar el uniforme que atraía más a las muchachas que a nuestras desgarbadas personas y satisfacía nuestra vanidad. Con qué marcialidad dábamos las órdenes a un pelotón cuando éramos sargentos (o cabos)”.⁶ Y con qué orgullo lucíamos los galones de sargentos y cabos y las charreteras de suboficiales. Hoy sólo son remembranzas.

Pero siempre vivirá en nuestro espíritu el Glorioso Colegio Civil repitiendo al esclarecido maestro don Emilio Rodríguez la frase que a su vez fue lema del inmortal maestro Ignacio Manuel Altamirano: “loin des yeux, pres du coeur” (lejos de los ojos, cerca del corazón). Y el maestro insistía: “apréndelo bien y transmítelo a tus compañeros y amigos y, después, a tus hijos”.

Notas

- ¹ Cavazos, Israel, *Breve historia de Nuevo León*, FCE, México, 1995, p. 157.
- ² Dávila, Hermenegildo, *Biografía del Dr. José Eleuterio González*, Editorial Al Voleo, México, 1975, p. 265.
- ³ Cavazos, Op. cit., p. 502.
- ⁴ Puente, Ezequiel D., *Testimonios sobre el Colegio Civil*, UANL, 1993, p. 89.
- ⁵ Livas, Enrique C., *Testimonios sobre el Colegio Civil*, UANL, 1993, p. 89.
- ⁶ Sáenz, Mateo A., *Anecdotario*, Monterrey, N.L., Editorial “Alfonso Reyes”, 1967.
- ⁷ Sáenz, Op. cit., p. 84.